

“Ofrendas”

Javier Izcue Argandoña

La mano es pequeña, tan pequeña que parece imposible agarrarla en el aire, abarcarla y jalarla hacia arriba mientras gigantesca y mortal la bestia avanza por los raíles. Elpidio corre y corre, sintiendo en los ijares los talones de su hermanita, pequeños y afilados, corre y corre, mientras la zarpa peluda que asoma por la boca de la bestia se alarga ofreciéndose a asir la manita que ondea al viento. La tierra entera vibra ante los miles de toneladas en movimiento, el mundo gira y Elpidio no sabe si, corcoveando los hombros, empujar de un envi3n a Marielita para que la mano desconocida la agarre y la arroje al fondo del vag3n de cargo, el camino hasta la frontera por delante, los coyotes, la migra, el desierto, lo desconocido, mientras 3l, arrebatado por la inercia de su carrera, por el t3nel de aire que crea la mole, por los siglos de opresi3n y abandono, succionado por la esperanza de un mundo mejor para su hermanita y para 3l, por el miedo a perderla, a perderla para siempre, a no verla nunca m3s, *mijito, tu hermana, Marielita, d3nde, d3nde la perdiste*, volver a la aldea, la inercia que lo empuja por la trinchera de piedras gruesas y afiladas, por el terrapl3n que acaba en una hilera de saguaros, por la carne quemada por la abrasi3n contra el suelo, la brecha en la frente, la piel despelletada, la bestia que se aleja entre gritos, *Elpidio, Elpidio, no me sueltas*, la min3scula voz de su hermanita, como una jicarita de plata para el chocolate, como una luci3rnaga en el mar, como la cara fresca de la almohada en la noche, *no me sueltas, Elpidio, no, no quiero, no me sueltas*, 3l, Elpidio Guzm3n, doce, tal vez trece a3os, tropieza, grita, cae. Las risas de la gente que viaja en la g3ndola de los vagones, la mirada compasiva de la vieja huichole, el polvo por todo, por las narices, en la garganta, contra los ojos, conforman un instante, ese instante, el momento central quiz3 de una vida, de dos, de dos vidas, de dos medias vidas que juntas, Marielita sobre los hombros de su hermano Elpidio, no suman una, una vida sola, enterita, nueva, no m3s humana.

La pobreza quema. La miseria quema. El hambre quema. La soledad quema. El mundo entero arde, mientras el cuerpo del niño rebota contra las piedras, se desmadeja en su caída de pelele de carne y hueso, ofrenda para la bestia que se traga, ya no lo ve, solo la tierra tiembla, a su hermanita, *Marielita, perdóname, perdóname...*

Marielita es pequeña, tan pequeña, en el regazo oscuro del hombre que con la inercia del tironeo la habrá abrazado fuerte y rodarán hacia el pozo de oscuridad, la niña asfixiándose por el tufo a sudor, los pelos duros de la barba mientras ruedan al fondo del vagón, entre ponchos viejos y periódicos viejos y olores viejos y miedos aún más reteviejos. *No temas*, dice la voz rasposa. *No temas, te tengo fuerte*. Y la niña siente dentro que el cordón que la une a su hermano, a su tierra, a su familia desaparecida después de la última inundación, al corral donde picotean las gallinas, al patio de la escuelita donde izan la tricolor y cantan la gloria de su país, al águila emplumada, al olor de los elotes, al maíz tostado, ese hilito de agua que mantiene vivo al renacuajo en el charco se ha cortado y que en el momento en que ha subido al vagón ya no será más Marielita, sino un trozo de carne fresca para el hocico abierto, para las fauces afiladas de alguna bestia hambrienta, asadura para zopilotes. *No temas*, dice el aliento áspero del ajolote, y a nada tiene más miedo Mariela que a que la sombra que la rodea sienta el miedo que sube por sus huesitos y le eriza la piel tierna, suavcita, con ese vello dorado que, las tardes en las que su madre los espulgaba allá en las eras, la luz volvía una promesa del paraíso. *No temas*. El suelo bajo sus pies vibra y avanza hacia un norte imposible, siempre más allá, que se llama futuro, y que está negado a los pobres, a los desposeídos, a los miserables, a las niñas puras, a las niñas buenas.

Los ojos de la niña habrán de acostumbrarse a la oscuridad que crepita, al silencio del abrazo que la aprisiona, a los retazos de luz que se cuelan por las grietas del vagón, al gemido de la madera, a los golpes de alguna rama contra los costados de la bestia. Si pudiera hablar diría *Señor, su abrazo me ahoga, Señor, su aliento me da náuseas, Señor, sus manos me arañan la piel, Señor, soy una niña*, pero siente que cualquier cosa que se diga, cualquier cosa que se hiciera, solo encenderá el deseo, aunque ella, puñado de carne palpitante, solo intuya qué cosa sea el deseo.

En la aldea el sol ya estará calentando la tierra. En la aldea las gallinas ya estarán picoteando entre las basuras del muladar y, si algún borracho se ha pasado de tragos, estarán a picadas intentando reventarle los ojos legañosos como si fueran semillas o

huevos hueros, como le pasó a Tarsicio, el de la molinera, que ahora ve el mundo con sus manos y canta en los funerales *Arrepentíos, pecadores, porque estáis en tinieblas* y bebe el mezcal que le dan a traguitos y dice que solo entonces le vuelven los colores y el olor de su madre Remigia, olor a tortitas de maíz horneadas, a tamales, a risas del agua que mueve la cítola del molino. En la aldea Lupe, escondida en el cerro, llorará sin saber si por la ausencia de su amiga, o por no haber huido y emprender el viaje al norte, o por el miedo a que su padre la encuere a cintarazos, a puñadas y gritos, a manos gordas y rasposas mientras le crecen, ahí adentro, esos bultitos que amenazan con volverse pechos. En la aldea el chorrillo medio seco se habrá despertado con su peste a burro muerto, a sangre seca y a miseria, a mierda. Un día se levantó de su cauce un aroma maravilloso y cuando se acercaron allí estaba Mauricio, al que llevaban dos años sin verlo y del que decían que se había ido con los de Sinaloa, tumbado con sus botos de cuero y sus punteras de plata brillante, su traje de compadre de novio en boda y sus corbatines con dos cruces y un balazo en la frente con forma de estrella y unas gotitas tan rojas que daban ganas de probarlas en la boca, de chuparlas y embriagarse con ellas, tan hermosas, tan vívidas. Era el único muerto que olía bien, aunque su madre decía que esos perfumes se compran con la vida, y que el agua podrida que baja de los cerros, y de las maquiladoras lo borraría visto y no visto y acabaría en un agujero en el erial, remordido de coyotes, sin una cruz y sin un nombre. Alguno de los jóvenes, sin embargo, prefirieron esa suerte y no los volvimos a ver y nadie ya nunca en el pueblo pronuncia su nombre y si se siente la tentación de llenarse la boca con su nombre se reza un avemaría, se escupe con la lengua seca, se hace una cruz en la frente y se oye siempre el aleteo de los cuervos contra las agujas de los nopales.

La niña, sus ojos irán levantando el mapa del vagón, los cajones vacíos, enormes, restos de grandes bobinas, ahora carcasas ridículas y tremolantes, en los que antes había fardos enormes, mercaderías, quizá incluso motores. El vagón habrá de oler a benzina y aceite rancio, a orines y sudores, a miedo y sexo. La niña reconocerá algunos de esos aromas que la han perseguido toda su vida y se encenderá en su cuerpecito el anhelo de sobrevivir a pesar de todo, sin importar el precio que se haya de pagar, porque la vida es lo único que los pobres tienen, su única heredad, el bien supremo que han de proteger olvidados de la dignidad, olvidados del amor propio, pues el orgullo es un lujo que no se pueden permitir. Solo cuando sienta que el hombre la agarra demasiado fuerte, lo morderá en la mano con el ansia del ahogo. Brutalmente el hombre, o la bestia que la atenaza, la

va a golpear en la cabeza como quien tunde una cobija mojada, pero sin soltarla. Marielita no llora, no llorará porque intuye, porque sabrá con todo su cuerpo, que si muestra miedo la bestia se excitará con el olor a sangre derramada, a carne tierna, asustada. Pero tampoco ella está segura de si Elpidio va a soltarla, de si ya la ha soltado.

Echado sobre las vías, el oído atento, Elpidio siente en las últimas vibraciones del metal, el corazoncito tibio de su hermana Mariela, su temblor de víctima, su chillido asustado al sentir la hurgación de la bestia que la abraza. La noche ya ha caído y el niño está tan fatigado, la carga de su hermana sobre los hombros es tal, tan largo el camino desde la aldea, tal el miedo a sacársela de sus hombros y no poder volver a cargarla, que durante todo el viaje, no la ha bajado a tierra, y su peso sigue sobre su espalda, su peso que nada alivia, y ahora, caído a tierra, por el galopar terrible de la bestia, de bruces sobre la trinchera de piedras, sin poder levantarse, siente el peso de Marielita sobre él, sin saber si ella finalmente ha subido al tren, devorada, o sigue sobre su espalda, intentando alzarse para alcanzar otro mundo.

-Marielita, Marielita –gime Elpidio-. Bájate, Marielita, porque ya no puedo más. Súbete, Marielita, que el peso va a troncharme los huesitos, Marielita, bájate, súbete, bájate, súbete...

Y Marielita quizá, ahora, viaja encima de otra montura que la llevará hacia el norte, o eso anhela Elpidio, el norte con el que Elpidio sueña mientras una nueva bestia se acerca por el camino de hierro en el que está desvanecido el niño, con su carga de carne fresca para ofrendar al dios del norte, sin saber, nunca lo sabrá ya, si Marielita sigue aferrada sobre sus hombros o viaja al norte, sin saber que es él el que ha emprendido este viaje definitivo del que nunca regresará mientras oye la voz ahogada de su madre, *qué hiciste, Elpidio, qué hiciste con tu hermana, Elpidio, qué hiciste*, y Elpidio no sabe qué contestarle.

FIN